

EL REFERENDUM EUROPEO DE POMPIDOU

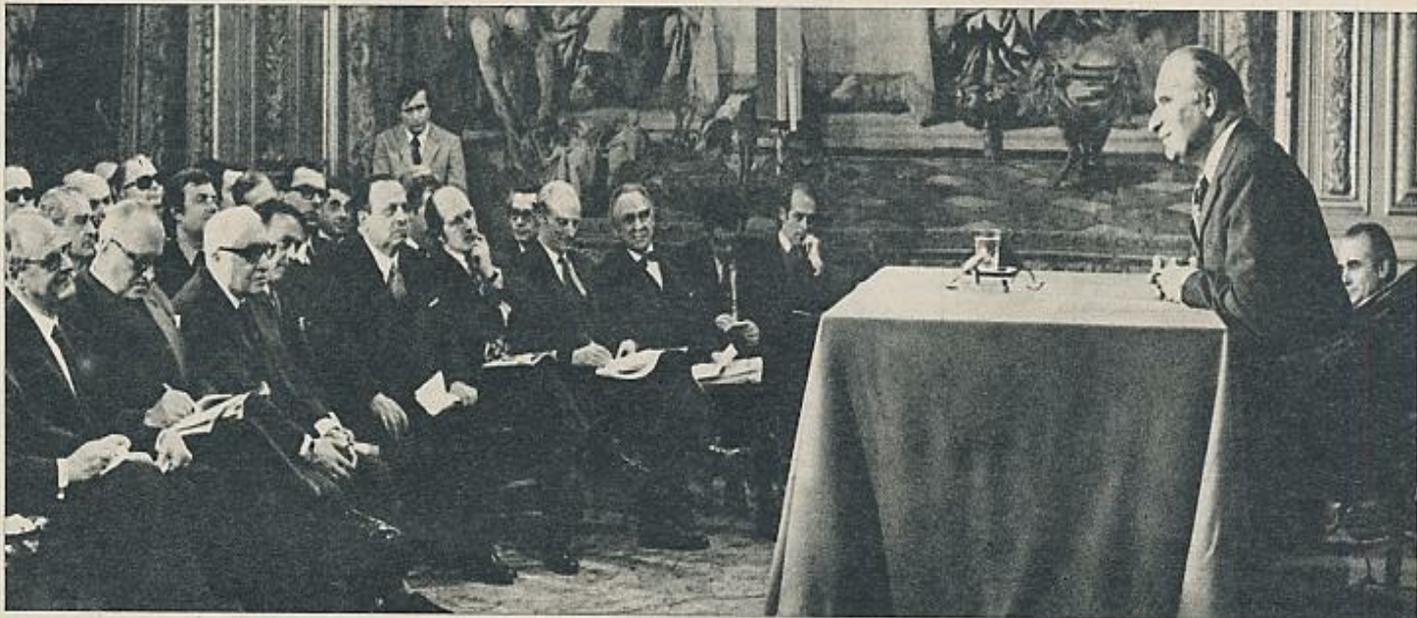
LOS teóricos de la democracia pura son bastante reticentes con respecto al sistema de «referéndum»: el que ha ideado Pompidou para que el pueblo de su país decida el ingreso de Gran Bretaña —y otros tres países— en la Comunidad Europea y, por tanto, la creación de la Europa de los Diez aumentará reticencias y sospechas.

EN principio, el referéndum, o el plebiscito, parece precisamente el instrumento más claro de la democracia: ante una cuestión de interés primordial para la nación, el gobernante se dirige al pueblo, saltando por encima de todos los intermediarios cuando los hay —cámaras, asambleas, corporaciones—, para que éste decida por «Sí» o «No». Es lógico que estos cuerpos intermedios sean negativos para el referéndum, porque les excluye y les desprestigia al soslayar su función, que consiste precisamente en el estudio de las proposiciones o proyectos del Gobierno. La razón de existencia de los cuerpos intermedios es la de que la democracia directa, o de todo el pueblo como deliberante, tal como se hacía en la ciudad griega, se hace imposible en las actuales naciones de millones y millones de habitantes, para las que se ha creado la democracia indirecta: se divide la población en grupos pequeños, que eligen sus representantes, y esos representantes deliberan, discuten, aceptan o rechazan en nombre de la totalidad del pueblo. Es innecesario subrayar la cantidad de imposturas o ficciones que pueden haber en este procedimiento; los actuales vicios de las democracias son muy visibles. La referencia —referéndum— a la voluntad del pueblo —plebiscito— regresa a la totalidad de la nación; pero como sigue siendo imposible que toda la nación —o los ciudadanos con derecho a voto de tal nación— pueda deliberar, el tema se le plantea como cuestión alternativa. Y nada puede parecer menos democrático que el principio de alternativa según la idea lógica de que dos proposiciones contradictorias entre sí no pueden ser las dos falsas. Todos los matices quedan de golpe excluidos. Por ejemplo, el referéndum planeado en Italia para la cuestión del divorcio no aceptará más respuesta que el sí o el no al divorcio, pero es indudable que entre la negación absoluta de la disolución del vínculo y el establecimiento de una ley de divorcio, que no requiera más trámite para él que la inscripción en un registro, hay centenares de matices y posibilidades que el referéndum excluye totalmente.

POR otra parte, el referéndum encierra una impureza, o puede encerrarla, considerable al envolver en su alternativa algunas o muchas cuestiones que aparecen implícitas, como, por ejemplo, la confianza popular al gobernante que lo propone. Al responder «Sí» a la pregunta de si debe formarse una Europa política de los Diez, el pueblo francés se va a ver obligado a responder «Sí» a la política de Pompidou, que no es el tema explícito del referéndum, mientras que si entiende que debe negar su apoyo general a Pompidou, tendrá que hacerlo en forma negativa a la construcción europea. El general De Gaulle fue extremadamente honesto en el análisis del último referéndum de su carrera política: es curioso constatar que la gran astucia política y la capacidad de maniobras politiqueras del general De Gaulle llevaron siempre una gran dosis de honestidad y sinceridad. De Gaulle planteó en referéndum una cuestión administrativa de orden menor, como era la reforma del Senado, pero se cuidó de advertir bien que relacionaba la respuesta a su propia presencia en el poder; la respuesta fue negativa y De Gaulle dimitió públicamente antes de que el recuento de votos estuviese terminado, pero cuando su resultado era ya evidente.

PARECE que un referéndum, para que sea honesto y real, tiene que reunir al menos tres condiciones. Una es que sea realmente excepcional; es decir, que se acuda a él en casos realmente importantes, trascendentales, en los que sea difícil conocer la voluntad de la mayoría de la nación a través de los cuerpos intermedios; otra, que haya un consenso general a la política del gobernante que lo plantea sin ninguna clase de dudas, de modo que la respuesta a la cuestión concreta no pueda ser confundida con un voto de confianza o de rechazo a ese gobernante. La tercera es la claridad de la pregunta hecha al electorado, que debe ser hecha en términos que no permita ninguna ambigüedad y de forma que el votante sea capaz de responder por sí o por no sin tener que preocuparse demasiado de los matices intermedios. Y, naturalmente, como condición común con todas las consultas que se hagan al pueblo, sea cual sea su envergadura, que haya un plazo suficiente y una libertad de opinión, de discusión y de información para que el elector tenga elementos de juicio suficientes para formular su respuesta. Con estas condiciones, el referéndum puede ser muy útil y muy eficaz en la vida política de la nación. Uno de los países que lo

La mayor parte de las críticas al referéndum se dirigen contra el principio en sí, contra la confusión que va a establecerse entre la aprobación a la política general presidencial, en un momento en que está muy discutida, y la voluntad francesa de la construcción de Europa.



e. haro tecglen

utilizan con mayor frecuencia —incluso superando la condición de excepcionalidad— es Suiza, con resultados óptimos; muchas veces se atribuye al carácter suizo, pero este psicologismo es irreal; su éxito se debe sobre todo a la pulcritud y la honestidad con que suelen plantearse.

La pregunta que Pompidou va a dirigir a la nación francesa no está, hasta ahora, formulada y, por lo tanto, no se puede juzgar. La mayor parte de las críticas al referéndum se dirigen contra el principio en sí, contra la confusión que va a establecerse entre la aprobación a la política general presidencial, en un momento en que está muy discutida, y la voluntad francesa de la construcción de Europa. En política internacional tiene otras repercusiones. Una es el posible sentimiento de humillación de Gran Bretaña, que, después de adquirida larga y dolorosamente su entrada en el Mercado Común y aceptada por los más altos organismos europeos, debe esperar para ello el consenso del pueblo francés por esta vía, precisamente una vía que la democracia británica ha considerado siempre como no válida y que tiene prohibida por el conjunto de tradiciones y principios que forman su constitución (no escrita). La entrevista de este fin de semana entre Pompidou y Heath en los Chequers (la residencia campestre del primer ministro británico) tiende a limar las asperezas que pueden haber surgido por esta cuestión. Al mismo tiempo, este referéndum establece un principio, un precedente, considerablemente inquietante. ¿Tendrán otros países que optan al Mercado Común que someterse al referéndum del pueblo francés? ¿Se extenderá esta costumbre y los aspirantes tendrán que esperar los referéndums —con todas sus impurezas, repitámoslo, con todas sus preguntas silenciosas y todas sus implicaciones de otros temas— de los diez países —cuando sean diez— de la Comunidad? ¿Tratará Francia por este medio de adquirir la hegemonía tan buscada —y ahora disputada por Gran Bretaña y por la República Federal de Alemania— en la creación y constitución de Europa?

TODAS estas preguntas tienen respuestas sospechosas y dudosas, hasta el punto de que un periódico francés ha definido el referéndum como «un monumento de habilidad, de astucia y de mañosidad del último grande de los politicistas que gobiernan el Viejo Continente». Los juicios emitidos por los políticos de la oposición y de los sindicatos son más duros aún, más acusadores.

SIN embargo, el monumento se va a erigir, Pompidou va a ganar su referéndum por una mayoría seguramente sólida, su posición va a afianzarse dentro del país y en la Comunidad Europea va a aparecer como un político respaldado —al menos, en el gran tema europeo— por su pueblo, cuando Heath ha conseguido hacer pasar difícilmente el europeísmo en medio de dificultades considerables, cuando Willy Brandt está pasando sudores de muerte con su escasa mayoría parlamentaria, cuando Italia sufre una profunda crisis política, con un Gobierno transitorio hasta que las elecciones generales decidan una nueva mayoría parlamentaria; cuando los otros países de la Comunidad son demasiado pequeños para optar a la hegemonía. Es decir, que en el momento en que Francia parezca abrirse generosamente para acoger a Inglaterra en el Mercado Común, en realidad estará disminuyendo su papel dentro de él.

¿ES posible que Pompidou pierda su referéndum? La oposición de izquierdas va a hacer todo lo posible —lo está haciendo ya—, aunque sepa que tiene pocas probabilidades en el terreno en que el Presidente ha planteado la lucha y en el que va a recibir todas las adhesiones de la llamada «mayoría silenciosa», de los apolíticos, de todos los grupos nacionalistas, de los europeístas en general. La campaña previa se presenta con dificultades para la izquierda desunida y enfrentada entre sí; si tuviera finalmente una posición hábil, inteligente, explicativa, no tónica, quizá pudiera esta oposición derrotar a Pompidou. ¿Qué pasaría entonces con Europa? Se vendría abajo todo el lento y laborioso montaje. Pompidou tendría que dimitir, se abriría un período electoral en Francia para la presidencia, de cuyo resultado dependerían nuevas elecciones generales para la Asamblea. Y durante todo ese tiempo, Europa quedaría paralizada. Estas son las perspectivas que Pompidou plantea sin decir las —ya las dirá, por sí o por sus portavoces, más adelante— para quienes voten no. La técnica tan degolista de «Yo o el caos» se ha abierto una vez más, con todas sus características, incluso la de que el propio poder organice el caos como única salida de alternativa a su permanencia. La manobra es enormemente hábil y todos los pronósticos indican que será fructífera para quien la ha planeado.

La Capilla Sixtina

¿QUIEN ES SIXTO CAMARA?

Una amable comunicante (las comunicantes siempre suelen ser amables, cosa muy distinta podría decir de los comunicantes) me pregunta quién es Sixto Cámara. Ha leído en cierto diario que Sixto Cámara no es Sixto Cámara, sino otro habitual colaborador de TRIUNFO. Nada más improbable. Porque, naturalmente, Sixto Cámara soy yo. Ahora bien, no se me oculta que es una respuesta insuficiente. La amable comunicante me pregunta, además: «¿Sixto Cámara es un socialista utópico? ¿Un socialista real? ¿Un socialista real?». Yo no entiendo lo que quiere decir utópico, real y real en 1972; es más, creo que son adjetivos sin sentido.

La amable comunicante me pide, además, que clarifique la relación que hay entre Sixto Cámara y Capilla Sixtina. ¿Un mero juego de palabras? ¿Una complicada declaración de territorialidad?

Vayamos por partes. Sixto Cámara, es decir, un servidor, nació en Milagro en 1925. Empezó, es decir, empecé, a colaborar en periodismo en 1942. En 1946 tuve la suerte de conocer a Fernando Garrido, y en mis discusiones con Fernandito llegué a su misma conclusión: el pleito entre progresistas y conservadores era una broma y la evolución política de España iba a padecer la contradicción entre una formalización política que intentaba resolver el pleito burguesía-viejo orden, mientras por debajo ya empezaba a crecer y organizarse la clase obrera.

En 1949 fundé un diario, *La reforma económica*; pero como Fernando tenía un diario casi idéntico ideológicamente al mío, fusionamos *La reforma y El amigo del pueblo* y parimos *La asociación*. Por entonces yo empecé a relacionarme con un catalán majísimo que se llamaba Pi y Margall. Las ideas de Pi y Margall en 1950 eran la utopía que habríamos necesitado como realidad en 1990 y que aún tenemos en cuarentena en 1972. Pero bueno, aparto de mí el cáliz y digo que en 1951 fundé, con Pi, *La tribuna del pueblo*. Omito las persecuciones y las represiones que padecí en este período; no quiero alimentar el apetito bestial de los que piden que me defina. Durante el bienio progresista (1954-1956) dirigí *La soberanía nacional*. Según el historiador que me ha historificado en la versión española del Larousse ilustra: «... desde cuyas páginas (las de *La soberanía nacional*) combatió al Gobierno, que desvirtuaba la revolución al darle un carácter meramente político».

En 1956 traté de organizar en Andalucía la resistencia contra el gol-

pista O'Donnell. Pero, como muy bien dicen los libros, fracasé. Me dejaron volver en 1959. Nadie había cambiado, ni los que me habían dejado volver ni yo. Tuve que marchar de nuevo y, según esos libros, morí en Olivenza cuando intentaba cruzar la frontera de Portugal. Ha habido mucho misterio sobre aquella muerte. ¿Atentado político? Pues si he de ser sincero, aún no lo sé. Según pude saber cuando desperté de nuevo a la vida en 1971, me recogieron unas monjitas marianas que habían bajado en su platillo volante sobre Olivenza. (En Marte son famosísimas las naranjas de Olivenza.) Retozaban por el campo cuando me vieron malherido, desesperadamente malherido. Las monjitas me sometieron a un procedimiento de hibernación a base de limonada con hielo (con mucho hielo) y a una batidora-humana manual que siempre llevan para estos casos.

Volví a la vida en un piso de Argüelles y, nada más salir a la calle, un impulso secreto me condujo hasta las puertas de TRIUNFO.

—¿Quién es usted? —me preguntó Víctor Márquez, sin levantar la vista de su mesa de redactor jefe.

—Sixto Sáenz de la Cámara, para servirle.

—Firme Sixto Cámara, es más corto.

Y así volví a la luz. En cuanto a lo de la Capilla Sixtina, me pareció que la espléndida confusión temática y estilística que encontré más allá del portal de mi casa cuando resucité un día de enero de 1971. La Capilla Sixtina es un territorio donde se ha hecho unidad la cultura plástica de dos siglos, el XIV y el XV. Además, la Capilla Sixtina fue en su tiempo una obra polémica, contradictoria. Le valió a Miguel Ángel (pintor de su bóveda) impensadas acusaciones de demagogo (según el Papa Julio II no había dado toques de oro ni vivos colores a los patriarcas y profetas) y de obsceno. Lo más curioso es que la acusación de obscenidad le viniera de El Aretino: «Yo escribo, es cierto, las cosas más impúdicas y lascivas, pero con palabras veladas y decentes, mientras que vos tratáis un asunto religioso tan elevado sin ninguna vestidura, ángeles y santos como desnudos mortales...».

Ángeles y santos, diablos y ase-sinos, desnudos mortales. Me pericé un programa sugestivo. Digno de una modesta, aproximada, secular, nueva Capilla Sixtina.

SIXTO CAMARA